

para lo que pretendía ir adelante, y los indios y gente que restaba, y que sentían irse Francisco Berrera, creyendo que ya sin haber más españoles podían salirse de los montes seguros, llegaba la langosta de Gaspar de Morales, y prendía y robaba lo que Berrera no había destruido; y así, robando, matando y captivando, llegó á la costa del mar del Sur, á la tierra y señorío de un Cacique, Tutibra llamado, el cual lo recibió de paz, y le dió de todo lo que tenía, y le hizo todo buen hospedaje en su casa. No tenía más de cuatro canoas, según pareció, aparejadas, en las cuales no pudieron caber todos los españoles y su aparato que siempre llevaban, por cuya causa dejó allí la mitad dellos con un Capitan llamado Peñalosa, y con los demas, con estas canoas, se fué á un pueblo de otro Cacique, nombrado Tunaca, que debía estar para pasar á las islas más en paraje. Este lo estaba esperando con toda su gente de paz, y le tenía aparejado buen rescibimiento, y las cosas comestibles en abundancia, y rogóles mucho que se hólgasen y descansasen en su casa, pero no se lo consintió el ansia de las perlas que esperaban haber; que los llevaba y mandaba; así, luego, el día siguiente, saltó Gaspar de Morales con la mitad de los españoles en ciertas canoas grandes, y Francisco Pizarro en otras con los demas, los cuales dende á poco rato, navegando, no quisieran por cuántas perlas habían en el mundo, haber allí entrado. La gente que de indios llevaba, que las gobernaban, eran de los Caciques de Chiapas y de Tumaco, de que arriba hemos hablado, que siempre guardaron el amistad que con Vasco Núñez pusieron, aunque mil veces tuvieron razón de quebrársela; levantóse tanto la mar, de que vino la noche, que todos pensaron perecer, y las canoas una de otra apartadas, que no se vieron, cada uno dellos creía ser los otros anegados. Por grande ventura, finalmente, aportaron á la mañana todos á una de las islas, que son muchas, lo cual tuvieron por milagro que Dios hacia por ellos, como por personas que tanto le servían en andar en aquellos pasos santos. Hallaron la gente della, toda, en solemnes fiestas ocupada, y porque tenían de costumbre, cuando aquellas fiestas celebraban, estar todas las mujeres sin verse con los maridos, apartadas, y los maridos lo mismo, sin ellas á otra parte, y los españoles llegaron por la parte donde ellas estaban, no hicieron afénos que tomallas todas y captivallas y atallas. Hácese man-

dato á los maridos, los cuales, como leones bravos, vienen con sus viras tostadas, porque no tienen ni usan flechas, y dan en los españoles muy de presto y dellos hirieron algunos, pero no les hicieron heridas de lombardas. Sueltan el perro que llevaban y vá á los indios y en ellos hace terrible estrago; huyen los tristes asombrados de tal género de armas, y aunque muchos murieron y pensaban morir, pero por la rabia de ver llevar sus mujeres y hijas, tornaron á ir tras los españoles, tirando varas, por libralas, ninguna cosa les aprovechó sino para morir más de los que restaban. De allí fueron estos pecadores á la isla más grande, donde tenía su asiento y casa real el Rey é señor de aquellas islas, ó al menos de las más, el cual sabiendo que venían, ó porque había sido ya informado del estrago que en aquella isla primera dejaban hecho, ó por la fama de sus ordinarias crueldades, salió con su gente á les defender la entrada en su isla, ó por ventura después de entrados echállos; el cual hecho huir, con el perro desgraciado algunos de los suyos, no por eso dejó de tornar cuatro veces con la gente que más podía recoger, probando si pudiera desterrarlos de su tierra ó matarlos. Intervinieron los indios, que llevaban consigo chiapaneses y tumaqueuses, amigos de los españoles, que los españoles eran muy fuertes y que todo lo sojuzgaban (y pudieran añadir que todo lo abrasaban), y que sojuzgaron á los señores Ponce, Pocorosa, Quarequa, Chiapas, Tumaco, y á otros muchos, los cuales al cabo vinieron á se les sujetar, pues, to que al principio resistieron pero no pudieron prevalecer; con estos ejemplos y persuasiones hobo de venir á ellos pacíficamente. Metiólos en su casa, la cual dijeron que era maravillosamente hecha, y muy más que otras de Caciques señalada; hizo sacar una cesta de vergas muy lindas hecha, llena de perlas que pesaron 110 marcos, todas muy ricas, y entre ellas una que pocas parece haberse hallado en el mundo tan grandes ni tales; era como una nuez pequeña, otros dijeron que como una pera berrmeña, la cual llevó á España la mujer de Pedrarias y la presentó á la Emperatriz; é dijeron que le mandó dar 4.000 ducados por ella. Diéronle cuentas, y espajos, y castabeles, y otras cosas de las nuestras, de que el Cacique fué muy alegre. Toma luego el Gaspar de Morales por la mano, y á otros que entendió ser principales, y súbelos á un miradero de madera como torre, de

donde se parecía mucho espacio de la mar y de tierra, y vuelta la cara al Oriente, con la mano á véstrales la mar y la tierra que va hacia el Perú, diciendo: "Mirad qué larga mar y qué de tierra va por allí," y viéndo la cara al Mediodía, oy después al Poniente, y dice lo mismo; después señalá las islas, ved qué de islas á una mano y á otra, están por aquí, todas están debajo de mi imperio, toda ésta es muy buena y próspera tierra, y si vosotros llamais á buena tierra la que tiene y abunda en oro y perlas, según me parece que lo buscáis, oro entre nosotros poco hay, pero de perlas toda la mar destas islas está dellas llena, de las que os daré tantas quisierdes, con tanta que me guardéis la fidelidad y amistad que yo os guardaré, y desto estad ciertos que os la guardaré y me gozará siempre de conciencia con vosotros. Estas y otras dulces y amigables palabras les dijo, lle que ellos quedaron admirados y contentos. Cuando ya los nuestros querían partirse, le rogaron que para el Rey grande suyo, de los reyes de Castilla, le hiciese recoger 100 marcos de perlas, lo cual oforgó de muy buena gana, poniendo cosa que tenía en poco hacerlo, pero no por eso se turó por oblidado á hacerlo como fuese señor absoluto en aquellas islas y tierras. Había tantos venados y conejos en aquella isla, que se venían á las casas de los vecinos, cuantos querían y habían menester; donde mataron los nuestros muchos con las ballestas, con que tuvieron muchos días harta fiesta. Dijeron que lo habían bautizado, y puesto nombre Pedrarias, siguiendo el error que los españoles, y aun clérigos y frailes algunos, siempre tuvieron, bautizando á estos infieles sin darles doctrina alguna, ni de Dios tener chico ni grande conocimiento, más del que dél ellos se tienen, y así son causa que después de bautizados los indios y rescibido el carácter (si empero no ponen obstáculo, y tienen intención de rescibirlo que los españoles les dicen ser bueno, como de todos creemos), que vayan á idolatrar y cometan mil sacrilegios, lo cual es certísimo hacerse, porque ni antes que el bautismo les den los enseñan ni pueden enseñarles, ni entendiendo las cosas de la fe en tan poco tiempo, ni después, porque así como de antes se quedan, y ésta es injuria é irreverencia que se hace al Sacramento, en intertemporal é indistintamente. El nos sup con lo ob y nativo le ob sicut leat la unadroses de se sup sib semitq ritaq notivni sup stensu al obativne

CAPITULO LXVI. Tornase Gaspar de Morales á la tierra firme para volverse al Darien. De los muchos trabajos que pasó por el levantamiento de los indios, hasta que se refugió en el pueblo de Careta y de allí se fué al Darien. Envia Pedrarias su mujer á Castilla, alborotada. Sale Gaspar de Morales de la isla Gaspar de Morales y su compañía, dejando muy alegre al Cacique y á su gente, y ellos con sus muchas y ricas perlas, muy contentos, tornáronse á la tierra firme para volverse al Darien con sus buenas nuevas; mientras éstos andaban saltando por las islas, y tardaron en las de aquel señor de todas ellas, Peñalosa y los que con él quedaron en el pueblo de Tutibra hicieron las obras, á los vecinos de él y de los otros pueblos, que siempre han acostumbrado á hacer, y principalmente son andar tras de las mujeres y escudriñar y robar, cuanto pudieren. Fueron, parece que, tales los agravios que rescibieron, que acordaron de matarlos á ellos allí, y después á Gaspar de Morales y á los suyos en el camino, cuando volviessen, para lo cual se conjuraron los Caciques que al derredor había, que por agraviados se tuvieron. Andaba con el Gaspar de Morales un Cacique llamado Chiruca, con un hijo suyo, mansebo; mostrando mucha alición á los españoles, ó por amor verdadero (pero no sé por qué merecimientos), ó por miedo, ó por especular bien sus costumbres, fingidamente, como yo más creo, para después, cuando se ofreciese oportunidad, dar en ellos. Llegados, pues, y desembarcados de las canoas en la tierra firme, Gaspar de Morales envió á un Bernardino de Morales con 10 hombres á llamar al Peñalosa y á los que con él había dejado en Tutibra, para se ir todos, parece que, por otro camino al Darien. Estos llegaron al pueblo de un Cacique que había por nombre Chuchama, de los conjurados, el cual los rescibió bien, y dióles de comer mostrándose muy amigo, pero á la noche, estando bien durmiendo, hizo poner fuego á la casa donde dormían, y en ella quemó dellos y ahorcó á los que por el fuego huyendo salían. Súpolo luego el cacique Chiruca, que estaba con Gaspar de Morales y su compañía, y fué avisado como los conjurados ya cerca venían, por cuya causa, ó porque él era en el conjuro, ó de miedo de los españoles no se le impusiese algo, huyóse con su hijo, aquella no-

che, pero luego que los hallaron ménos enviaron tras ellos españoles y indios, de los que llevaban por amigos, que tambien los seguian de miedo; alcanzáronlos, y, por el rastro habidos, trujéronlos presos á padre y á hijo. Pusiéronlos luego á tormentos, que es su primer remedio, los cuales les daban y dan hoy, gravísimos, asomándoles el perro que les daba sus dentelladas bien récias: descubrieron los que en Chuchama se habian muerto y la gente que venia sobre ellos. Fué grandísimo el miedo que cayó en Morales y en todos ellos, sabido los que eran muertos, esperando verse tambien ellos en aquel peligro. Usó, empero, deste aviso, que el cacique Chiruca envia-se á llamar secretamente á cada uno de los Caciques que venian, que eran 18 ó 19, so color que les querian avisar de cosas ántes que acometiesen, protestándole, que si en esto no fuese fiel, que lo habian de echar luego al perro; él lo hizo así de miedo, sin osar pensar en el contrario, por irle más que juramento. En viniendo cada uno echábanlo en la cadena, que era un instrumento tan usado entre los españoles que nunca andaban sin ella, para prender indios y hacer esclavos, y en ella iban los que les llevaban las cargas porque no se huyesen, porque aquellos eran sus acémilas donde quiera que mudaban el pié. De aquella manera é con aquella industria hobo á las manos todos los Caciques, sin que se sintiese cosa dello hasta que estaban todos presos.

En este tiempo allegó Peñalosa con su compañía, que debia escaparse ántes de saber y incurrir el peligro, con que mucho Gaspar de Morales y los suyos cobraron esfuerzo, teniéndolos ya por perdidos; acordaron de salir contra los que venian, que no estaban muy apercebidos esperando á sus Caciques. Llevó la delantera Francisco Pizarro, y dando en ellos al cuarto del alba, diciendo Santiago, cuando vino del todo la luz del día contaron muertos sobre 700. Habida esta victoria, Morales mandó aperrear todos los 18 Caciques, con Chiruca, que fueron 19, para, diz que, meter miedo en toda la tierra. Hecho ésto, porque tenia nueva Morales que á la parte oriental del golfo de Sant Miguel habia un Cacique gran señor, llamado Birú, que tenia gran riqueza de oro y perlas, determinó Morales de ir á acometerle; decíase deste ser muy esforzado, y que cuando hacia guerra ninguno tomaba á vida, y cercaba su casa de las armas que tomaba á los enemi-

gos. Deste nombre Birú, la última luenga, dijeron que llamaron los españoles despues á la tierra del Perú, mutada la letra *b* en la *p*, letra; llegados los españoles á su tierra, y al pueblo donde tenia su casa, dieron en él al cuarto del alba. La costumbre de los españoles en aquella tierra firme fué dar en los indios, que estaban en sus casas durmiendo seguros, de aquella manera; pegaban fuego primero á las casas, que comunmente en las tierras calientes eran de paja, y quemados ó chamuscados los que tenian mas profundo sueño, y otros con las espadas desbarrigados, y otros presos, huyendo los demas, atónitos hechos, volvian despues los nuestros á escarbar la ceniza, muerto el fuego, y coger el oro que habia en el pueblo. Así quedado en el pueblo de Birú de la manera dicha, y muertos los que matar pudieron, escapado el Cacique dellos, junta en breve y anima su gente y viene á ellos terriblemente; y con tanto esfuerzo pelearon, que por gran parte del día no pareció quien vencía, pero al cabo habia de caer sobre los tristes, como suele, por la ferocidad del perro, y por las ballestas, y por las espadas que á los desnudos cortaban por medio, y así huyeron; viendo Gaspar de Morales que aquel Cacique y sus vasallos era gente récia, no osó esperarlos más, sino volverse al pueblo de Chiruca, dejado, así como está dicho, predicado el Evangelio.

Las gentes de los 19 Caciques aperreados, viéndose así privados de sus naturales señores, y el muchacho, hijo de Chiruca, sin su padre, acordaron de juntarse para esperar los españoles, cuando del Birú tornasen, si pudiesen matarlos; de lo cual estuvo ayuno Morales, y así, cuando tornó, dieron en él de súbito, y hirieronle luego algunos, y á uno atravesaron una vara por los pechos, que de repente cayó muerto sin habla. Los españoles como leones peleaban, y los ahuyentaban y mataban, pero los indios no por eso dejaban de tornar sobre ellos, y así los siguieron siete dias arreo, hiriendo algunos españoles, y ellos muchos de los indios matando. Viendo que tanto los seguian, los españoles no osaron más esperarlos, y así una noche diéronles cierta cantonada. Estaba herido allí un español, llamado Velazquez, de tal manera tullido, que no pudo huir, é, por no morir á manos de los indios, acordó de ahorcarse á vista del Capitan y de otros que, con lágrimas, diz que, se lo estorbaban al mal aventurado. La manera que tuvieron para

huir fué hacer muchos fuegos, y dejálos allí encendidos como que todos estaban despiertos y se velaban, pero todavía los indios sintieron que se iban, y los siguieron, y, venido el día, los españoles se hallaron entre tres escuadrones de indios, cercados; Morales, por no pelear, creyendo ya perder mucho y ganar nada, quiso que aquel día parasen allí hasta la noche, al medio de la cual, haciendo y dejando los mismos fuegos, tornaron á huir más que de paso; los indios, que tanto como ellos velaban, seguian su alcance, hiriendo siempre á los españoles, aunque ellos, con el perro, y con las ballestas y á ratos con las espadas, dellos mataban. Estaban ya los españoles tan cansados, y apretados, y desesperados cuasi de vida, que se metian por las varas de los indios, y cómo atónitos no vian quien los mataba, y ellos mataban terriblemente á los indios, cuasi sin sentir ni advertir lo que hacian; tomaron un remedio para escaparse, harto indiscreto, lleno de crueldad y de gran compasion digno, y éste fué, que, como llevaban muchos indios é indias, mujeres y muchachos, captivos, de trecho á trecho mataban á cuchilladas y estocadas dellos, á fin, diz que, porque se parasen á llorarlos los indios, y así tuviesen más lugar para su huida; como en la verdad fuese cosa más razonable de creer que ántes se habian de indignar más los indios, y animarse á los perseguir hasta consumillos, viendo la crueldad que usaban con sus amigos, y quizá mujeres y hijos que allí les traian. Aprovechóles poco crueldad tan infame, porque siempre los indios los seguian, y lo que más los desesperó de escapar con la vida fué, que á cabo de nueve dias llevando esta vida, como andaban fuera de camino y sin guía yendo de aquí para allí, como mejor para su defensa convenia, se hallaron en el lugar, lo cerca del, donde los escuadrones primero les habian acometido. Viéndose allí, reconociendo el lugar, cuasi quedaron sin esfuerzo y sentido. Metiéronse por una gran espesura de monte, y fueron á dar en tres guarñiones de gente que los Caciques que aperrearon allí tenian, donde se les dobló la miseria y peligro; pero como ya no peleaban como hombres, sino como animales feroces y personas del todo de la vida despedidos y aborridos, cobran nuevo ánimo, como si entonces comenzaran, y dan en ellos y no dejaron hombre dellos á vida.

Sucedióles otro infortunio y angustia

terrible; cuando pensaron que tenían algun alivio, dieron en unas ciénagas ó anegadizos, donde caminaban por ellos todo el día, ó nadando ó el agua hasta la cinta. Salidos de allí con incomparable trabajo y peligro llegaron á la mar, y halláronse donde el agua tres estados y más, con la creciente, sobre la playa y tierra subia, y temiendo que si la marea por allí los tomaba, todos sin remedio perecian, diéronse gran priesa á subirse en un cerrillo; yendo con este temor y priesa, oyeron murmullo de gente de indios: éstos eran que cuatro canoas subian á jorro por un estero arriba. Como los indios á los españoles sintieron, debian huir, é los españoles las tomaron, y un Diego de Daza, con otros, las sacaron al golfo y fué á buscar al Garpar de Morales, su Capitan, que ya ó de cansado, ó de miedo, no parecia; tardó buscándolo sin hallarlo tres dias. Visto que no lo podian hallar, envió Diego de Daza á un Nuño de Villalobos, y á otros dos buenos nadadores, que en una balsa saliese á buscarlos, porque sin las canoas no podian salir de aquella espesura y breñas en que estaban metidos. Arrebatólos luego la mangante, que es allí veheméntísima, y dá con ellos en el golfo, donde pensaron ser perdidos; vídolos Diego Daza cuando pasaban una punta que hacia la tierra y fué con una canoa, y así por él fueron socorridos. En fin, hallaron al Morales, y tomando el camino del Darien, fueron á la tierra y señorío del cacique Toragre, y creyendo de hallar los indios durmiendo, estaban sobre aviso, y sabiendo que venian, sálenles con su gente armada por defender que no entrasen en su tierra. Pelearon con ellos y mataron muchos, y de los españoles mataron uno y hirieron algunos los indios, y al cabo fueron huyendo. De allí los españoles todos, harto adigidos, lo más presto que pudieron, fueron al pueblo del cacique Careta, y de allí al Darien, lo que no pensaron muchas veces, segun se vieron tantas muy cercanos de perder las vidas. Aquí se puede bien claro conocer, con cuánto descanso y consuelo aquellos, nuestros hermanos, ganaban los eternos fuegos; cierto, dellos se puede muy bien decir aquello del libro de la Sabiduría, cap. 5. *Ambulavimus vias difficiles*, etc. En este tiempo envió Pedrarias su mujer á Castilla, con harta parte debia de ir del oro robado, y la perla grande, la cual hizo poner en almoneda, y sacóla Pedrarias en 1.200 castellanos.

La asina CAPITULO LXVII. el dritto
De cómo Pedrarias no cesaba de enviar cuadrillas por todas partes donde sabía que había oro que robar. Manda á Tello de Guzman á descubrir por la mar del Sur. Desgraciada expedición de Francisco de Vallejo á la provincia de Urabá. De cómo Francisco Becerra, enviado á la provincia del Cenú, pereció con toda la gente que llevaba.

Como no pretendiese Pedrarias y todos los que con él vinieron, y allí de antes con Vasco Nuñez estaban, sino allegar todo el oro que haber y robar pudiesen, como por todo lo ya referido queda bien declarado, y cerca desto era tanta la beguedad é imprudencia de Pedrarias y del Obispo, y de todos los demás que no advertían los grandes azotes que Dios cada día les daba, mandándole la gente, así de enfermedades como por manos de los indios, y de los inmensos trabajos que pasaban, que no era todo aquello caso, sino por mostralles y castigalles la condenada é impia negociación en que andaban, destruyendo á aquellos inocentes gentes que no les debían nada, y que por fin de convertillas los habían enviado, y este fin el señor Obispo, más que otro á adivinarlo era obligado; así que, como su fin de todos ellos fuese robar y captivar los que estaban seguros en sus casas, y enriquecerse á costa de tanta sangre humana, siempre Pedrarias no cesaba de enviar por todas partes cuadrillas, donde había nueva que los pueblos tenían oro que robarles, y para hacer escarnio de la razón natural y ley Divina y aun humana, mandaba que les hiciesen primero el requerimiento que traía de Castilla ordenado y mandado. Y los tiranos que enviaba por cumplir su mandado, y justificar sus entradas, que así llamaban aquellos sus cantos viajes, iban con gran silencio y cuidado que no fuesen sentidos, y hacían noche á una legua, y á media, y á un cuarto, según la comodidad hallaban, y entre sí leían el requerimiento á los árboles diciendo: "Caciques é indios de tal pueblo, hacémoos saber, nos, los cristianos de Castilla, como hay un Dios y un Papa, etc." y pedía luego el Capitán testimonio autorizado al escribano que consigo llevaba, de como se había requerido á los Caciques é indios de aquel pueblo, todo lo que Su Alteza mandaba, pero que no habían querido venir á dar la obediencia á Sus Altezas, ni á ser

cristianos, y luego al cuarto del alba daban en el pueblo que tenía sus vedijos, en sus pobres camas, y lo primero, como arriba dije, que hacían era poner fuego á las casas donde se quemaban ó chamuscaban los indios descuidados, mataban y prendían los que salían asombrados y quemados, y despues de apagado el fuego iban á buscar y rebuscar el oro, que era toda su felicidad, tras que andaban. Y estas fraudes y maldades no las podían ignorar el señor Obispo y Pedrarias, á quien incumbía más que á otros estorballas y castigallas. Entre los demás envió Pedrarias á un Tello de Guzman, mandándole que, con la gente que Juan de Ayora en el pueblo de Tubanamá había dejado, fuese descubriendo por la mar del Sur cuanto pudiese, del Poniente abajo. Mandó á Francisco de Vallejo, con 70 hombres, contra las gentes de Urabá, que los infestaban, viniendo, diz que, sobre el Darien y echándose las flechas en las casas, no miraban los pecadores cuánto derecho, cuánta justicia, y cuánta razón les sobraban. Llegados hacia los ranchos que hoy dicen de Badillo (ótro que mejor baila), que distan tres leguas de Urabá, dando sobre ellos, según su costumbre, al cuarto del alba, diéronse muy de priesa á robar el mucho oro que tenían fama, pero los indios, que por allí tenían mortifera hierba, dieron en ellos y hirieronles bien cuantos á los españoles les hicieron ventaja, y entrando más en la tierra, juntábase muchos indios, y peleaban mucho rato, y con la hierba derrocaban muchos que morían pidiendo. Retrajéronse hacia la costa por donde habían entrado, y llegando al río que arriba dijimos llamarse de las Redes, acordaron haber ciertas balsas para por el agua mampararse; éstas se hacían de maderos ó haces de cañas, atadas unas sobre otras con ciertas raíces, como correas, de la manera de las de la yedra, ó con algunos cordeleros, que siempre consigo solían llevar para tales necesidades, de cáñamo, que por allí hay; estas balsas, con el miedo y la priesa que tenían por salvarse, no fueron bien atadas, las cuales, desatándoseles, con los brazos las sostenían echados sobre ellas, y así iban el río abajo, y porque no podían durar sin todos ahogarse, colgábase de las ramas de los árboles que topaban, creyendo de más poder durar, pero cansábanse los brazos, caíanse y allí se ahogaban. Otros que tenían más vigor, llegábanse á la tierra, y allí, con intensidad de flechas herboladas, eran ase-

teados, de los cuales ninguno escapaba; los pocos que escaparon, heridos y por milagro, pudieron llegar á la costa de la mar y fuéronse al Darien; los cuales vistos por Pedrarias, que de 70 quedaban muertos los 48, y aquellos que venían heridos de aquella hierba pestilencial, que pocos della escapaban, vídose terriblemente angustiado, y de ninguna parte podía hallar cosa que le consolase. Pero no por eso dejaba de añadir pecados á pecados, y males á males por su insensibilidad, por lo cual, para enmendar el avieso camino que andaba y recomendar las pérdidas del oro, que muriendo los que á robarlo enviaba, dejaban de traer delante, acuerda enviar á Francisco Becerra en un navio con 180 hombres, y con muy grande aparato de guerra, que no á saber, tres tiros de artillería, que echaban la pelota de plomo más gruesa que un huevo, 40 ballesteros, 25 escopeteros, y de todas las demás armas que de allí pudieron haber muy bien guarnecidos, que, cierto, bastarían para huir ó destruir á toda la tierra firme. Estos envió para que penetrasen en la provincia del Cenú, y del todo rayesen cuanto riqueza y oro haber en ella certificaba la fama, porque no creía que el bachiller Anciso, según lo que era, había robado nada. Desembarcó Francisco Becerra y su compañía en la costa de Urabá, porque le mandó Pedrarias que de camino destruyese á cuanta gente por allí hallase, y entró, descubriendo la tierra por el camino que nadie antes supo, ni despues por donde hobiese entrado, porque nunca jamás pareció, ni del ni de hombre de los que con él fueron chobo ningún rastro, mas de que todos fueron muertos, sin que alguno escapase; y esto se alcanzó por un indio, muchacho, que con ellos iba, que debía ser criado de alguno de ellos, el cual, escondido por los montes, andando de noche y en las breñas metido de día, se escapó hasta que llegó al Darien casi de hambre, sino habla, por gran maravilla. Deste supo Pedrarias, que andandó Francisco Becerra y su gente por diversos lugares, á veces huyendo, á veces dando en los indios, le mataban los hombres á flechazos con hierba, para lo cual tuvieron esta industria: que en los caminos que iban por montes, cortaban los árboles y embrazaban los caminos con ellos, y poníanse detras de ellos y de allí los flechaban sin ser de ellos vistos, y por aquellas espaldas tenían gran ventaja los indios, por que los españoles por ella son atados, y los

indios, como desnudos, ligerísimos, y así no podían seguillos. Súpose más, que llegados al río del Cenú, que pasa junto con el principal pueblo, hallaron la gente disimuladamente pacífica, y como el río es grande y hondo, creó que se dejaron pasar dellos en canoas, lo que fué harto indiscreto aviso; y en canoas, ó como quieran que los pasaron ó ayudaron á pasar, teniendo la mitad dellos de la otra parte del río, salieron por dos partes gente que tenían puesta en celada, y no dejaron entónces hombre dellos vivo. Esto, como dije, se supo de aquel muchacho indio que con Becerra y su compañía había ido. Aquí pagó Francisco Becerra las muertes, y captiverios, y robos que cometió en los pueblos que los rescibían y estaban de paz por Vasco Nuñez confederados, quebrantándoles la fé, y verdad, y seguridad que Vasco Nuñez, como dicho queda en el cap. 50, les había prometido, por y en nombre de todos los españoles, que estaban seguros sin rescibir dellos daño, y por la misma manera parece que lo castigó Dios, saliendo los vecinos del Cenú de paz, y no la guardando al cabo; püesto que en aquel salir de paz, fé ninguna ni paz no violaron, sino que usaron de ardid discreto de guerra, y él fué indiscretísimo en creerlos: gentes que desde Hageda y Nicuesa, y aun de antes por Cristóbal Guerra, como dijimos en el primer libro, de los españoles habían rescibido tan infinitos escándalos, insolitos, daños y males. Y plegue á Dios todo poderoso, que con este mal fin, todos los que mal hacían y han hecho á los indios, ante el Divino juicio hayan pagado.

CAPITULO LXVIII.

De cómo Tello de Guzman hizo ahorcar á un cacique so pretexto de ser acusado por un muchacho. Proponese ir á la tierra de Panamá. Manda á Diego Albitez á la provincia de Chagre, cuyo señor le da una gran cantidad de oro. De los muchos trabajos que pasaron para tornar al Darien. Desesperacion de Pedrarias, el cual mandó cerrar la fundición y hacer oraciones y oraciones. De cómo Albitez envió á Castilla á Andrés Niño para que le trajese una gobernación de la mar del Sur. Llegado Tello de Guzman al pueblo del cacique Tubanamá, halló á Meneses cuasi

cercado de los indios y de hambre, que lo guirreaban, que no osaban salir á buscar hierbas que comiesen, no esperando remedio de alguna parte; y puesto que muchas veces quisieran huir, pero los indios luego eran con ellos y los atajaban, y así pensaron más morir de hambre quizá que de los flechazos. Vistolo asomar de nuevo, luego todos huyeron que no osaron parar. De allí fueron todos juntos á las tierras de Chepo y Chepanere, Caciques y señores principales, quemando, y abrasando, matando, y robando cuanto vivo hallaban; decían que por hacer venganza de un español que le mataron á la entrada. Y, porque los indios se rehacían para venir á dar sobre ellos, acordó Tello de Guzman de enviar mensajeros al Cacique más principal, ofreciéndole paz y amistad y dando excusas de los daños que les había hecho, y que no tuviese temor desde adelante; convenciéndose aquel señor, y vino á vellos de paz, y llevólos á su casa, y hízoles todo buen hospedaje, teniendo por cierto que lo que le prometió había de ser verdad. Estando un día comiendo en mucha buena conversacion y hermandad, llegó, según dijeron, un muchacho á quejarse con ciertos indios que le acompañaban, el cual dijo al capitán Tello de Guzman, que aquella tierra y señorío era suyo, y no de aquel que allí estaba, porque su padre, que era el legítimo señor, al tiempo de su muerte se lo dejó por tutor y gobernador de aquel estado, pero que despues se había con él alzado y á él desterrado, y por tanto, que le rogaba que contra él le ayudase. Tello de Guzman, como hombre muy justo, y como si fuera Alcalde en su tierra y casa, creyendo que el mozo decía verdad, mandó luego ahorcar, al que le tenía y hospedaba con fiesta en su casa, de un árbol, aunque, diz que, le pesó por cierto oro que le había dado; porque veais éstos cuán absolutos y libres son para cometer todo género de pecados. ¿Quién los hizo á éstos en tierras y señoríos ajenos Alcaldes? ¿No le pesaba de quebrantar la fé y seguridad que le había dado, y pesábale, por el oro que del había rescibido, matarlo? Item, ¿qué sabía si aquel muchacho decía verdad, ó si el que poseía aquel señorío era más legítimo señor que su padre? y con qué testigos hizo el muchacho su probanza y el poseedor si fué oído y defendido y convencido en juicio contradictorio? Entregó, diz que, Tello de Guzman, siete Capitanes que servían al señor ahorcado, los cuales hizo luego el muchacho

con gran osadía y rigor hacer pedazos; dió el muchacho en señal de agradecimiento á Tello de Guzman 6.000 castellanos: por aquel precio ahorcara Tello de Guzman á 400 que le demandaran.

Porque Panamá era por aquella tierra muy nombrada, propuso Tello de Guzman de ir allá, donde no halló sino algunas casas de pescadores, de lo cual, el nombre de Panamá, la última lengua, se derivaba, porque Panamá quiere decir en aquella lengua, lugar donde se toma mucho pescado. Envió desde allí á un Diego Albitez con 80 españoles, con los cuales fuese á robar y captivar los vecinos de la provincia de Chagre, que debía estar de allí ocho ó diez leguas, el cual entró por los pueblo al cuarto del alba, tomándolos todos durmiendo y descuidados, pero no les quiso hacer daño, que fué imagen, para ellos, de milagro. El Cacique, viendo que los pudieran matar y captivar y robarlos, en señal de agradecimiento, con grande alegría dió á Diego Albitez 12.000 castellanos. Visto tan buena pella de oro, tan á la primera mano, creyendo que quien tan fácilmente daba tanto debía tener veinte tanto, pidióle que le hinchese de aquel metal un costal grande. Rescibió el Cacique derto mucha pena, y algo airado le respondió: "que lo hinchese de piedras del arroyo, que él ni tenía más ni criaba el oro;" confuso Diego Albitez de la respuesta del Cacique, tuvo por bien de se ir, sin consentir que se le hiciese por aquella vez mal ni daño. Tornóse Diego Albitez á juntar con Tello de Guzman en la tierra del cacique Pácora, la media breve, holgáronse todos mucho con el mucho oro que llevaban, y de allí acordaron de se volver al Darien á ofrecer su parte á Pedrarias y al señor Obispo, y á los demas que habían de haber sus partes por los criados que enviaban. Yendo su camino, y llegados á Tubanamá, que tantas veces había sido corrido, robado y agraviado, vieron mucha gente de guerra que los estaba esperando con algunas banderas de camisas de lienzo, ensangrentadas de los españoles que habían muerto, y con gran gritaría, que así los habían de matar, como á los que la villa de Sancta Cruz habían poblado, de que arriba se dijo algo; los cuales, como venían cansados, y quizá porque Dios los acobardaba, tuvieron gran temor, y todos desmayados, no curaron más que de huir haciendo acometimientos para su defensa de cuando en cuando. Do

esta manera huyendo, y llegando á la tierra de Pocorosa, á quien Juan de Ayora, como arriba fué dicho, quebrantándole la fé y paz y seguridad, hizo tantos daños, pensaron perecer de sed por falta de agua; y acaeciósles aquí una cosa maravillosa, para demostracion de la pena que merecía la sed de oro que traían siempre en su ánima, que, como padeciesen gran tormento de sed, á trueque del oro que llevaban les vendieron los indios el agua. Esto no debían los indios de hacer por codicia de haber el oro, que en tan poco ellos tenían, sino por lastimallos en aquello que más amaban y en tanto entendían que estimaban. Finalmente, de día defendiéndose, peleando, y de noche huyendo cuanto más podían, los más dellos mal heridos, salieron de aquellas comarcas y de sus peligrós.

Llegados al Darien, destrozados y con ménos oro que traían por haber dado mucho dello por el agua, cuando de sed precian, como estaban muy tristes de las adversidades que á Vallejo y á su compañía poco ántes había acaecido, y sobre todos Pedrarias angustiado, sobreviniendo el desastre de Tello de Guzman, pensaron todos ser ya asolados. La tristeza y angustia y miedo que sobre todos los del Darien vino, y la desesperacion de Pedrarias, no puede fácilmente ser explicado; si miraban hácia las sierras, ó montañas, ó llanos, las ramas de los árboles y las hierbas de las zabanas ó llanos indios armados se les antojaban, y si consideraban la mar, les parecía que venía de canoas y gente de guerra cuajada. Con estos pensamientos é imaginaciones, que les causaban terribles temores, andaban como atónitos, no solo haciendo corrillos, pero cuasi á voces los publicaban clamando. En esto, el buen Pedrarias, como desesperado, mandó cerrar la casa de la fundicion, donde aquel tan sangriento é infuero oro se fundía, que entre ellos era señal de guerra ó de hambre, como si Pedrarias más claro dijera: "más nos vá que juramento perder de ir á robar oro el cuidado, porque más es tiempo de buscar remedio para salvar las vidas, que en allegar hacienda ocuparnos." Parece que mandar cerrar la fundicion, Pedrarias, en señal de guerra ó de hambre, quiso parecer al Templo de la Paz, que edificó Vespasiano en Roma, el cual, los romanos, cuando abrian, era señal de guerra, y de paz cuando lo cerraban; entendiendo en nuestro caso los fines y significaciones por el contrario. En

tre las presentes angustias vino tanta devocion á Pedrarias, y en ella le debía el Obispo de ayudar, de mandar que se hiciesen oraciones y plegarias para que, diz que, Dios quitase su ira de sobre ellos; tanta era su insensibilidad que no atendían á que los nefarios crueles é inexpiables pecados que, contra Dios y sus prójimos, destruyendo é infernando aquellas gentes, solo por roballos y captivallos, cometían, era la causa: parece que habían venido en sentido reprobado, del cual habla San Pablo. El conocimiento y arrepentimiento que dellos tenían confirmarse há por lo que se dijere adelante. Y parece tambien que Diego Albitez, que de ésta se escapó, con ambicion de sólo ya gobernar, como se via rico de aquel oro descomulgado, envió á Castilla, de secreto, á un marinero llamado Andres Niño, tambien de pensamientos no bajos, para que le trujese del Rey una gobernacion de la mar del Sur, á quien dió para que lo fuese á negociar 2.000 castellanos; de este Andres Niño no es poco lo que queda por decir abajo.

CAPITULO LXIX.

Expedicion de Gonzalo de Badajoz.—Industria de que se valió para hacer penetrar á los españoles luego que llegó al puerto del Nombre de Dios.—De lo que hizo con los caciques Tatanagua, Tataracherubi y Tabore.—Manda á Alonso Perez de la Rúa á la tierra de Natá.—Del oro que allí recogieron y del medio que usaron para librarse de los indios alzados.—Juntáseles Badajoz y prosiguen sus correrias en los dominios de varios Caciques.

Para enmienda de los pecados presentes y pasados, y por ayudar á las oraciones que mandaba hacer Pedrarias y el Obispo, porque Dios dellos su indignacion alzase, acordó Pedrarias de enviar otro Capitan, la costa abajo, llamado Gonzalo de Badajoz, en un navío con 80 hombres (y despues le envió otros 50 ó poco más), para que desde el Nombre de Dios, ó algo más abajo, pasase á la mar del Sur y toda la gente della allanase; que no era otra cosa sino roballos, ya que lo sufriesen por sus tierras y pueblos entrar, y si les resistiesen, como dellos con tanta razon no se fiasen, los guerreasen,